

existía, debían tener esta convicción para osar emprender aquella lucha inaudita. Hé aquí por qué la idea del progreso no fué más que un instinto en el siglo XVIII; el instinto era tanto más poderoso, cuanto más irreflexivo. Ocultaba á los que obedecían á él lo que había de legítimo en el estado social, que con tanto furor atacaban; les ocultaba lo que necesariamente había de resultar imperfecto en la sociedad nueva, que esperaban con una confianza inquebrantable. La idea del progreso era algo de indefinido, pero también ilimitado, una palabra mágica, que reemplazaba á todo y que todo lo conmovía.

Hoy no sentimos ya, ni podemos sentir, ese soberbio desprecio del pasado, ni tenemos esa esperanza sin límites en el porvenir, porque nuestra misión no es ya la del siglo XVIII; nosotros no somos llamados á demoler, sino á reconstruir. Ahora bien; las sociedades no se construyen con una varita mágica y como por encanto. Hay más. La doctrina misma del progreso nos aleja de los excesos en que ha incurrido la filosofía del siglo pasado. En efecto, quien dice progreso, dice desenvolvimiento sucesivo, y por consiguiente siempre incompleto. El dogma de la perfectibilidad es la negación de la verdad absoluta, de la perfección ideal. Luego la edad de oro no está ni delante ni detrás de nosotros. Si la humanidad va siempre avanzando, no llegará; sin embargo, nunca al fin á que se dirige, puesto que cada progreso que realiza le descubre un nuevo progreso por realizar. Por consiguiente, no se puede condenar ni maldecir lo pasado; las antiguas instituciones, ya religiosas, ya políticas, tenían su razón de ser, eran en su origen un progreso respecto de un estado social más imperfecto; y preciso es añadir que, si deben transformarse, contienen en sí el germen de esta transformación. El progreso es una evolución, no es una destrucción. Así es que, lejos de reprobar lo pasado, la doctrina de la perfectibilidad lo acepta y hasta lo legitima; busca en él los elementos, los materiales que han de servir para edificar la sociedad del porvenir. Puesto que nuestra noción del progreso no es ya la del siglo XVIII, debemos detenernos en ella un momento para definirla; éste es el único medio de apreciar la filosofía del siglo pasado.

II.

La idea de progreso implica un desenvolvimiento, y por consiguiente, un fin que alcanzar, una misión que cumplir. ¿Quién se desarrolla? ¿Quién tiene esta misión? Esta pregunta sorprenderá á más de un lector; sin embargo, es capital, y no todos le dan, ni con mucho, la misma respuesta. ¿Se trata del individuo ó de la sociedad? ¿Es el individuo el que avanza progresivamente hácia un cierto destino, ó es la humanidad? Unos dicen que el individuo, otros que la sociedad. Nosotros respondemos que uno y otro, pero el individuo es el fin, la sociedad es más bien un medio. Que el individuo tenga una razón de ser, y por consiguiente un fin que alcanzar, todos los que creen en una existencia individual lo admiten sin dificultad; en cuanto á los que no creen más que en la materia y en el acaso, es inútil hablarles de ley. ¿Cuál es la misión del individuo? Sobre este punto empieza ya la disidencia entre la filosofía y la religión cristiana; verdad es que una y otra enseñan que el fin del hombre es su perfeccionamiento; pero los filósofos quieren que todas nuestras facultades se desarrollen en rica armonía; esto es para ellos el fin supremo de la existencia. No sucede lo mismo á los teólogos; subordinan toda nuestra existencia, y por consiguiente, el desenvolvimiento de nuestras facultades, á la salvación. En este orden de ideas las facultades intelectuales son consideradas casi lo mismo que nuestras facultades físicas, en el sentido de que no deben ser cultivadas sino como medio, siendo el fin supremo perfeccionar el ser moral, única manera de llegar á la celeste bienaventuranza. Esta concepción es falsa; rebajando la inteligencia á la categoría de instrumento, mutila al hombre, rompe la armonía de la creación, y hasta es infiel á aquella profunda palabra de Cristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos.» ¿Quién se atrevería á decir que la inteligencia está en Dios subordinada á la caridad? El desenvolvimiento moral dejará siempre que desear, cuando la inteligencia no esté á la altura del amor, de la misma manera que el desarrollo exclusivo de la inteligencia vicia la razón. El ideal requiere la armonía de las di-

versas facultades de que Dios ha dotado á sus criaturas. ¿Cómo se desarrolla el individuo? Por medio de la educacion. Su vida entera es una educacion incesante. En cuanto á la vida actual, nadie lo pondrá en duda. Pero la discordia reaparece cuando se pregunta si el desarrollo de nuestras facultades termina con la muerte. Prescindamos por de pronto del malaventurado error en que incurrieron los filósofos del siglo pasado; negaban la inmortalidad del alma, excepto los espiritualistas, y preciso es confesarlo, el espiritualismo era una excepcion en el campo filosófico. Si la doctrina de la sensacion no hubiera extraviado á los libres pensadores, la creencia en un progreso ilimitado que los inspiraba, hubiera debido darles la certidumbre de una existencia infinita. En efecto, si se admite que el desenvolvimiento de nuestras facultades es el fin de nuestra vida, es imposible que haya un punto de detencion. Luego la idea del progreso aplicada al individuo es idéntica con la de su inmortalidad. Sobre este punto hay hoy conformidad entre la filosofía y el cristianismo; hacemos abstraccion de las extravagancias de la escuela materialista y de los sueños del panteísmo; estos sistemas no encontrarán nunca acogida en la conciencia general. Pero, si los filósofos están conformes con los cristianos acerca de la nocion de una vida infinita, hay entre ellos gran disidencia respecto de las condiciones de la vida futura, y otra vez la idea de progreso ha hecho que la filosofía se separe de la religion tradicional. El cristianismo enseña que la vida futura es un estado fijo, inmutable; para el pequeño número de los elegidos, la felicidad infinita; para el resto, la masa de los condenados, los tormentos sin fin. No es ésta la opinion de los filósofos que se inspiran en el dogma de la perfectibilidad; creen que la vida futura es para todos los seres creados una continuacion de su existencia anterior, una marcha no interrumpida hácia la perfeccion. Siendo la criatura imperfecta por su esencia, irá siempre aproximándose á su objeto, sin alcanzarlo nunca; pero tampoco se encontrará nunca en una condicion tal que se haga imposible su desarrollo. No hay, pues, infierno ni paraíso, sino una vida progresiva, que tiene por ideal la perfeccion.

La existencia progresiva del individuo pertenece á la esfera de la fe; la ciencia no puede afirmar si el hombre ha vivido ya ántes

de nacer; ignora igualmente dónde y en qué condiciones tendrá lugar su existencia futura. Esta fase del progreso no concierne, pues, más que á la teología y á la filosofía religiosa. No son éstos los términos en que se agita ordinariamente la cuestion del progreso; se la limita á este mundo y se pregunta si hay progreso para el individuo en el sentido de que el hombre del siglo XIX esté, en cuanto al desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales, en una escala más elevada que las generaciones que le han precedido en esta tierra. Se pregunta tambien si la sociedad se va perfeccionando, ó si declina ó decae inevitablemente. Así planteada la cuestion, no es ya una cuestion religiosa ni filosófica, sino una cuestion de hecho. Por consiguiente, debe resolverla la historia y no la teoría. Esto es completamente evidente; sin embargo, hasta nuestros dias no se habia echado de ver que era necesario recoger ante todo los hechos que se relacionan, ya con el perfeccionamiento, ya con la degeneracion del individuo y de la sociedad. La ignorancia de los hechos ha sido la causa de los errores más contradictorios.

¿Por qué los antiguos opinaban que el hombre y el mundo iban empeorando siempre? Porque veian el hombre y el mundo imperfectos, y suponian que habian sido perfectos en su origen. La pretendida edad de oro ha extraviado á los poetas y á los filósofos durante la antigüedad y hasta en los tiempos modernos. ¿Por qué los filósofos del siglo pasado han manifestado tal desprecio de todas las instituciones de lo pasado? Porque las desconocian; han sido injustos con el cristianismo, han sido injustos con el poder real y con el feudalismo. Por consiguiente, les era imposible formular las leyes que rigen el desenvolvimiento del individuo y de la humanidad; es como si hubieran pretendido determinar el curso de los astros sin haber observado previamente el cielo. Es preciso, pues, volver á los hechos, y estudiarlos con cuidado, consignando ya los progresos que se realizan, ya las épocas de retroceso, cuando las haya. Este es el trabajo que hemos procurado hacer en nuestros *Estudios*. Nuestra historia es la primera, que sepamos, que haya sido escrita en este orden de ideas. Esperamos que se nos juzgue con indulgencia teniendo en cuenta las dificultades de la empresa. En lo que vamos á decir de la doctrina del progreso, no

hacemos más que resumir los resultados á que hemos llegado en el curso de nuestras investigaciones.

El progreso se manifiesta en todas las fases de la actividad humana. El progreso social es el que principalmente fija nuestras miradas, porque la historia apénas se ocupa más que de las sociedades políticas. Nos basta con citar la esclavitud. El más profundo pensador de la antigüedad, Aristóteles, la consideraba como eterna. Jesucristo no pensó en abolirla, y, sin embargo, bajo la influencia de las razas germánicas, se ha transformado y ha acabado por desaparecer. Este hecho es notable tambien por otros conceptos. En el siglo XVIII Rousseau y Mably idealizaban á los griegos y á los romanos; olvidaban á los ilotas y á los esclavos; olvidaban, mejor dicho, ignoraban que los ciudadanos de Esparta y Roma, cuya libertad envidiaban, no sabian siquiera lo que era la libertad.

Si hoy la conocemos, aún cuando no disfrutemos de ella en toda su plenitud, lo debemos á los germanos. ¿Hay prueba más decisiva del progreso que se realiza bajo la mano de Dios? Pueblos motejados de bárbaros vienen á destruir la civilizacion de Grecia y de Roma; cubren la Europa entera de tinieblas durante siglos, ¡y estos mismos bárbaros inauguran la era de la verdadera libertad, sin la cual no hay vida ni civilizacion! ¡Admiremos los designios de la Providencia y bendigamos la mano que guia á la humanidad en el rudo trabajo de su educacion!

Apénas es necesario insistir sobre los progresos en el orden físico. No podemos dar un paso sin que algun maravilloso descubrimiento nos enseñe que el mundo se transforma bajo la inspiracion de la ciencia. Digamos únicamente que ántes de aplicar su energia y su inteligencia á dominar la naturaleza para hacerle servir á sus necesidades, el hombre ha tenido que modificarse. Los antiguos sentian un respeto supersticioso hácia la naturaleza, á la cual divinizaban; temian tocar á las obras de Dios, como se temeria poner la mano sobre la divinidad. El espiritualismo cristiano puso fin á aquella idolatría; pero el desden que sentia hácia la materia y hácia las condiciones exteriores de nuestra existencia, le movian poco á influir sobre el mundo. Ha sido necesario el espíritu curioso y activo de las razas europeas para vencer el obstáculo que oponian las creencias religiosas al desarrollo material de la civilizacion.

Hoy se han roto ya todos los diques; el progreso nos invade, y nos hace temer que la civilizacion llegue á ser exclusivamente material. Es positivo que esto sería la muerte de la humanidad. Pero hay un remedio para este mal, y es que la religion, en lugar de maldiceir la materia, como imperio de Satanás, la presente como la condicion de nuestro perfeccionamiento intelectual y moral. Léjos de temer los progresos de la industria, provoquémoslos con todas nuestras fuerzas; pero entiéndase bien que no es este nuestro objeto, ni nuestro ideal. Si la naturaleza debe ser dominada y explotada, es para que el hombre sea más libre.

El progreso intelectual es tan evidente como el progreso físico. Cosa notable; los antiguos, que negaban el progreso moral y aún el progreso social, que tenían casi como un sacrilegio el progreso material, habian observado ya el progreso intelectual. Las ciencias se habian perfeccionado despues de la pretendida edad de oro, y vino á resultar que la edad de hierro estaba más adelantada que el tiempo feliz en que Saturno gobernaba la tierra. Habia un escollo en aquel desenvolvimiento demasiado exclusivo de la inteligencia; engendró el orgullo, y alejó á los hombres de Dios, en lugar de acercarlos á la fuente de toda perfeccion. Por esto, el cristianismo ensalzó la humildad sobre la sabiduría de este mundo, y calificó de locura la sabiduría de los filósofos. Los verdaderos cristianos no miraron nunca la ciencia sino con prevencion y desconfianza. Y no les faltaba razon. El renacimiento de las letras fué tambien el despertar del espíritu humano. Dejó de creer á ciegas en cuanto se inició en las verdades de la filosofía. La resistencia de la Iglesia fué vana, y más vano es aún su sueño de formar una ciencia católica; la ciencia no es católica, ni protestante, ni creyente, ni incrédula; vive de libertad, y desde que es libre marcha de progreso en progreso.

¿Hay tambien progreso en la esfera religiosa? Sobre este punto hay gran disentiimiento entre la filosofía y el cristianismo tradicional; hasta las escuelas filosóficas se hallan léjos de entenderse entre sí. Prescindamos desde luégo de la falsa concepcion del siglo XVIII, que confunde la fe con la supersticion; bajo este punto de vista, el progreso hubiera consistido en destruir el cristianismo y toda creencia religiosa. Hay una parte de verdad en la

reaccion católica que siguió á la tormenta revolucionaria, y es que la necesidad de creer es un sentimiento indestructible. Pero ¿está la religion sometida á la ley general del progreso? Los defensores del cristianismo tradicional dicen que no, y bajo su punto de vista tienen razon, puesto que pretenden estar en posesion de la verdad absoluta, y claro es que la perfeccion no puede perfeccionarse. Creeríase que los que rechazan la verdad absoluta deben por lo mismo admitir un progreso de la verdad religiosa, como de todas las verdades. Sin embargo, los hombres políticos suelen decir que la religion siempre es la misma; no hablan así precisamente por respeto á la religion, sino más bien por desden; en el fondo opinan como los filósofos, que no ven en la fe más que supersticion. Si en lugar de atenerse al presente, se hubiera estudiado la historia, se hubiera llegado á conclusiones muy diferentes. ¿No es el cristianismo un progreso sobre el paganismo y aún sobre el mosaismo? Nadie lo duda, excepto los que tienen interes en negarlo. ¿Cómo se ha realizado este progreso? En esto disienten nuevamente los cristianos y los filósofos. Éstos dicen que la revolucion se ha hecho mediante el trabajo de la humanidad; no rechazan la inspiracion divina, pero pretenden que la inspiracion de Dios sobre la humanidad es permanente. Los creyentes sostienen, por el contrario, que la religion cristiana es una revelacion milagrosa de la divinidad. La historia está de parte de los filósofos; nos hace ver que los milagros son una ilusion, cuando no una superchería; nos enseña tambien que el progreso se ha realizado en la esfera de la religion, lo mismo que en todas las esferas de la actividad humana. Esto es decisivo para la gran cuestion que acabamos de suscitar. Si ha habido progreso religioso en lo pasado, ¿por qué ha de ser imposible en el porvenir?

Falta el progreso moral. Aquí salimos del terreno de las instituciones sociales para volver al individuo. El progreso moral y el progreso religioso, íntimamente relacionados, son los únicos que encuentran contradictores. ¿No consistirá esto en una disposicion de espíritu profundamente arraigada en el hombre? Todos tenemos propension á alabar lo pasado y á hablar mal de lo presente. La razon es muy sencilla; consiste en que el mal que vemos y que sufrimos nos impresiona con más viveza que el que no conocemos

más que imperfectamente por la historia. Pero esta tendencia nos hace injustos y nos inclina á negar el progreso moral. Esta es ya una razon para desconfiar de nuestro juicio. Hay otra que nos parece decisiva. Las manifestaciones del progreso que hemos señalado, y sobre las cuales casi todo el mundo está conforme, son debidas incontestablemente á la actividad humana. Si la materia y la naturaleza han sido dominadas; si la ciencia sondea los abismos de los cielos y descubre los secretos de la creacion; si descubre las leyes que rigen al individuo y á las sociedades; si los Estados se organizan sobre las bases de la libertad, igualdad y fraternidad, estos progresos son debidos seguramente á los esfuerzos del hombre. ¿Por qué inexplicable contradiccion habia de ser hoy el hombre todavía lo que era al principio del mundo, miéntras todo cambia á su alrededor y mediante su accion? ¡Cómo! hay un progreso general, ¿y el artista del progreso habia de permanecer inmutable? Esto es absurdo, esto es imposible. El progreso material, científico, social y religioso, no se concibe sino mediante el aumento de inteligencia, de sentimiento, de fuerza, por parte del hombre. ¿No quiere esto decir que sus facultades morales se educan y perfeccionan? El cristianismo tradicional ha imaginado seres dotados de inteligencia, y de inteligencia superior á la del hombre, condenados al mal por toda la eternidad. Pero la filosofía no comprende la depravacion unida á la inteligencia, á ménos de que sea como una enfermedad espantosa; no la comprende como una ley de nuestra naturaleza. Luégo hay progreso moral.

Este progreso, como todos los demas, viene comprobado por la historia. Lo que ha contribuido á hacer dudar de él es que los historiadores se ocupan poco de los individuos, y cuando hablan de ellos es para señalar sus excesos, más bien que sus virtudes; el vicio se manifiesta á la luz del dia, al paso que las más bellas cualidades del alma se ocultan y no son perceptibles para el observador. Además, la historia casi no ha sido estudiada hasta hoy bajo este punto de vista. Cuanto más se profundice en los pliegues y repliegues del hombre, más se convencerá de que su conciencia se ilumina y su sentido moral se depura á traves de los siglos. Este progreso se revela con tal evidencia en algunos puntos fundamentales, que se necesita mucha preocupacion para negarlo. La union

del hombre y de la mujer es, según opinión unánime de todo el mundo, la base de la moralidad. Y bien, ¿no es hoy el matrimonio más moral que en los tiempos pasados? Consúltense los hechos sin preocupación. Donde reina la poligamia, ¿puede haber verdadera moralidad? La poligamia es más bien la falta completa del elemento moral en la sociedad del hombre y de la mujer. La monogamia ha sido, pues, un inmenso progreso. Pero el hecho sólo de la monogamia no basta; es preciso ver el sentido que le atribuyen las leyes y la conciencia general. Aquí se presenta un vasto campo de progreso para el desarrollo moral. Entre los griegos la mujer está todavía separada del hombre, no vive de su vida. Hay más intimidad en el matrimonio romano; desgraciadamente la facilidad del divorcio vicia en su esencia la institución del matrimonio. El cristianismo santifica la unión conyugal, convirtiéndola en un sacramento. Pero la mujer sigue aún subordinada y como sometida á una especie de reprobación. Hoy el matrimonio es la unión de las almas; estamos lejos de haber realizado este ideal, pero ha entrado ya en la conciencia humana, y ayudará á transformar la humanidad.

La cuestión del progreso moral es tan grave, que se nos permitirá citar aún otra prueba en apoyo de lo que decimos. Durante muchos siglos el hombre no ha visto más objeto en su existencia que su felicidad, felicidad material en un principio, que procuraba encontrar su realización en los placeres físicos. Hasta ha habido una revelación que pretendía ser de origen divino, que ha señalado como objeto de la existencia, como ideal y como recompensa, la felicidad temporal. La felicidad cambió de naturaleza en el cristianismo; se la hizo consistir en la salvación; es decir, en un placer puramente espiritual, tan espiritual, que el hombre no puede ni aún concebirlo. Si en la realidad de la vida los hombres hacen poco caso de esta felicidad mística, no por eso es menos cierto que van siempre en pos de la felicidad. Esta concepción vicia el sentido moral. ¿A qué queda reducida la moralidad, cuando la religión misma propone á los hombres la felicidad como último término de su destino? Para las masas la virtud es un préstamo con interés que el fiel hace á Dios. Cuando la virtud no es un cálculo grosero, por lo menos queda rebajada, envilecida, porque

no es ya un fin, sino un medio; lo cual excluye la verdadera moralidad. Hay otro ideal más elevado y más verdadero, que ha penetrado en la conciencia humana; el fin no es ya la felicidad, sino el desarrollo más amplio, más completo de todas nuestras facultades. En esta doctrina el deber moral debe cumplirse nada más que por ser deber, abstracción hecha de toda idea de pena ó de recompensa; el desenvolvimiento moral es nuestra misión, lo mismo que el desenvolvimiento intelectual. ¿No es un inmenso progreso esta transformación de la idea de la felicidad? Puede afirmarse que la verdadera moralidad no nace sino cuando el principio del deber reemplaza á la larga ilusión de la felicidad. Es verdad que estamos lejos, muy lejos de encontrarnos á la altura de este nuevo ideal; pero ¿no tenemos delante de nosotros una eternidad para realizarlo?

III.

Llegamos á la consecuencia de que hay progreso individual y progreso social. Queda una cuestión tan importante como las que acabamos de tratar. ¿Qué relación hay entre el desarrollo del individuo y el de la sociedad? Los términos en que planteamos el problema responden desde luego al error de los que limitan el progreso á las instituciones sociales y políticas. Esta es una opinión muy generalizada en nuestros tiempos. No porque los socialistas no tomen interés por el individuo; pero imbuidos como están en la antigua preocupación de que la felicidad es nuestro fin y nuestro ideal, se echan á imaginar una organización social en la cual encuentren los hombres el bienestar material y á la vez los gozos del espíritu y del sentimiento. Hay en esta concepción muchas ilusiones, muchos extravíos. Los socialistas olvidan que el hombre es el artista del progreso que se realiza en todas las esferas de la actividad, y por consiguiente él es quien ha de perfeccionar la sociedad: y ¿cómo lo ha de hacer, si permanece estacionario? Póngase á un salvaje en una sociedad tan perfecta como se quiera, en la isla de Utopia; ¿qué hará? Volverá á sus bosques, porque allí encontrará una existencia más conforme á sus gustos y á sus ideas.